

CARLOS FRANZ: LA NOVELA DE LA CIUDAD INMOVIL

LOS AÑOS ENVENENADOS

aug 7395

SANTIAGO CERO

Carlos Franz

Nuevo Extremo, Santiago, 1989
147 págs.

por Marcelo Maturana



Carlos Franz

No tendrás tiempo, lector, de especular con un tratado de dinámica de fluidos en la mano. No sabrás si en el arte esotérico de la gasitería existe alguna ley que le permita a Sebastián (ese codiciado dios del entusiasmo) impulsar cañerías arriba cien mil litros de mierda (académica, urbana, casi metafísica), para que más allá de los entretechos de la Escuela aguarden su propio momento de gloria.

No tendrás tiempo, porque la imagen (tributaria de la estética sinistramente cool del autor) es demasiado vertiginosa y porque estarás leyendo una página clave de Santiago Cero. Esta es la primera novela del escritor santiaguino Carlos Franz (nacido hace treinta años en Suiza, de padres chilenos), el mismo que suele pasear su atildada estampa de frívolo profundo por los alrededores de la Mulato Gil Square. Como tú, él ama y odia nuestra contaminada capital, y sabe muy bien que en esa sangre putrefacta que asciende por las cañerías venas de cierta paradisiática Facultad universitaria van revueltos también tus propios sueños. Ya sabrás por qué.

"Cero es el número", mascullas, con la novela entre los dedos, en plena Plaza Baquedano, mareado por el camuflaje de microbuses y por los rostros que pasan tragando humo sin humor. A pesar de este ajeteo, una voz (¿la de Franz, la del narrador?) machaca dentro de ti el más contraproducente

de los eslóganes: el electrocardiograma de esta ciudad marca cero movimiento ("ciudad plana que huele a gas licuado y perdición"). Santiago, que es el aliento ponzoñoso de todos nosotros y que, paradójicamente, habita en nosotros, tiene la facultad de falsear nuestros proyectos y atrofiarnos el músculo de la imaginación. ¿No se le rinde culto en la novela a un padre de la patria paratático? Bah, dices con pavor, ésta es una historia de amor de hace diez años... Pero sigues leyendo.

Santiago Cero entrecruza con una densidad controlada varios temas esenciales: el amor, la traición, el sueño del viaje hacia la verdadera vida, la corrupción, el poder. Pero es, esencialmente, la historia del aprendizaje existencial del narrador, un estudiante al que sus compañeros de universidad (son los años 78 y 79; calcúlalo por la muerte de Jim Morrison), tan escépticos como él, llaman, sin demasada convicción, "el Artista". Un aprendizaje sobre la propia capacidad de claudicación, sobre las propias máscaras. Sin arrugar su frente el Artista recorre, niño celoso y tímido, los territorios de su propio cinismo para reconocerse en él sin ningún entusiasmo. En el

triángulo del desamor, él es quien se queda fuera del sueño que como una tromba sorda, maníática, recorre el relato: el viaje hacia comarcas más intensas, escenarios que el castillo del rey loco de Baviera parece invocar desde un afiche de Lufthansa. Con el virus de Santiago en la sangre, respirando la atmósfera de los años interminables de la jamás nombrada dictadura, el Artista será devorado por sus propios ardidés ("ningún amor puede sostenerse sobre la traición") y por una guerra sucia que además carece de toda mística.

En Júpiter una caja de fósforos pesa lo que un elefante en la Tierra: así Santiago Cero concentra en sus 147 páginas diversas urgencias expresivas que hoy, a un paso del término del régimen militar, exigen una primera maduración. Está, por ejemplo, el personaje de Rubén, el único que puede darse el lujo de ser verdaderamente generoso, acaso por su condición de arquetipo de los que ya fueron derrotados (y físicamente), los veteranos de una lucha anterior, más explícita y más ingenua.

La mediocridad de esos años apagoneados es elaborada poéticamente por Carlos Franz mediante un lenguaje que (pecadillos gramaticales aparte) se revela pródigo en imágenes sorprendentes, poderosamente sintetizadoras, metáforas que transcriben las ideas que el Artista, Sebastián o el mismo Blanco (bufón oscuro y malévol, espía profesional al servicio de un poder político invisible) tienen sobre Santiago —la ciudad que les da sentido y les pone límites— y sobre sus propios destinos. Ideas, porque la opción de narrar en segunda persona impone aquí a la prosa un extraño aire de diálogo distanciado, coherente con el hecho de que esas ideas vertebrales, la ética de la novela, aparezcan, bien que metafóricamente en diversos registros del habla coloquial, en los parlamentos de los personajes (lejos del pintoresquismo, ese lenguaje coloquial resulta verosímil, estético, preciso).

AUTORÍA

Maturana, Marcelo Vicente

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los años envenenados [artículo] Marcelo Maturana. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile